

denominación abarcaría el período comprendido entre los años 1760 y 1769. Para Kant el problema de la filosofía radicaba en encontrar una base con la que se considere como real nuestra experiencia sensorial. Despierta Kant de su sueño dogmático de la mano de Hume; admite de éste las críticas al dogmatismo de Leibniz (mas en Hume hay empiricismo y en Kant empirismo), y pone la base de la validez gnoseológica de la experiencia, con un giro copernicano, en el sujeto o razón, no en los objetos. Kant justifica a la vez experiencia y sensaciones. Locke prefigura lo que habría de quedar como el tipo clásico del empiricismo moderno. El pensamiento humano posee el poder de recibir sensaciones y la capacidad de abstraer y combinar a cada una de ellas. Aunque las «ideas generales» no son sensaciones inmediatas, resultan producto de esa actividad del espíritu. (Berkeley negaría la existencia de las «ideas generales» y de la abstracción; Hume, la validez de la experiencia.)

En los últimos tiempos nos hallamos ante un empiricismo falseado y plural. En 1920 se reúnen en Viena pensadores adeptos a las teorías de Mach y fundan el Círculo Vienés; muchos de ellos, israelitas, se refugian, huyendo de la persecución hitleriana, en Inglaterra y América. Hay una vuelta a Hume. El «empirismo lógico» americano y el «análisis lingüístico» inglés dan origen a un empiricismo verbal, plagado de polémicas y absurdos. Este empiricismo se nutre de las siguientes corrientes: 1) Una metodología científica, de raíz positivista, que confunde método inductivo de la ciencia y empirismo como tesis gnoseológica; 2) Una reducción de todos los procedimientos lógicos a una serie de fórmulas matemáticas por medio de símbolos; 3) Una sociología que se ocupa de los fenómenos morales como obra de lo social; 4) Una doctrina psicologista tributaria del empiricismo de Locke y Hume, que no duda en hacer coincidir al pensamiento del hombre con las meras reacciones fisiológicas. El empiricismo, alimentado por estas corrientes, termina siendo un relativismo histórico.

El problema del dato y el de la naturaleza de los elementos, han de ser resueltos; sólo así podrá considerarse al empirismo como una «aceptable teoría del conocimiento». El empirismo, doctrina que no es coherente ni incon-

trovertible, ha basado su éxito—sobre todo fuera del ámbito estrictamente filosófico—en el asombro de quienes se preguntan si es lícito dudar de lo que vemos. Los problemas del empirismo—asegura Mario M. Rossi—quizá puedan ser analizados bajo otro ángulo si en lugar de separar rígidamente ser y conocer, y usar dos métodos distintos para ser y conocer, se califica al conocimiento como otra forma de ser y se aplican los métodos del estudio del ser al examen del conocer.—MANUEL MANTERO.

KIRK: *Logos. ἀγορεύη, lutte, dieu et feu dans Héraclite*; en «Revue Philosophique de la France et de l'Étranger», 3. IX, 1957 (págs. 289-299).

Kirk opina que es un tanto difícil y arriesgado el intento de una descripción de las relaciones entre logos, fuego y el resto, porque el mismo Heráclito dejó imprecisos tanto su concepto, como las relaciones entre ellos. Esto no significa que él no tuviera una idea exacta de lo que quería decir, sino que no lo describió con exactitud. En efecto, es indudable la existencia de una estrecha relación entre los conceptos heraclianos, pero para saber cuál sea ésta es preciso un discernimiento y una identificación de cada una de estas cosas, o bien el aislamiento o diferenciación de una de ellas.

Kirk comienza especificando lo que entiende por «logos», reconociéndole una importancia especial. A lo largo de los textos de Heráclito, a esta palabra se le dan sentidos diversos, pero nunca opuestos; así, a veces, puede interpretarse como idea de «medida», «proporción», «fórmula», «cálculo», «palabra», etc., que, resumiendo, nos llevan al concepto de logos como *fórmula de las cosas*.

La ἀγορεύη, podemos considerarla como un aspecto de la función del logos que se manifiesta en una aproximación entre las cosas, aproximación que depende de una oposición en equilibrio. En cuanto a la relación entre logos y el concepto heracliano de «lucha» podemos decir que lucha es, en realidad, la regla normal y justa de conducta, y que «guerra-lucha» es la expresión metafórica de un aspecto dinámico del logos. El articulista considera de gran interés la conexión existente entre «dios» y logos; y después de

un estudio detallado de párrafos heracianos manifiesta que Dios «en quién todas las cosas son buenas, bellas y justas», consiste en la comprensión del logos.

Por último, y en cuanto al «fuego», hay dos puntos de vista; considerado desde uno de ellos es una manifestación especial del logos, pero, desde otro, el logos no existiría sin el fuego, que es la forma física de las cosas y está constituido por la misma materia concreta del logos.—M. N. R.

O'BRIEN (Michael): *Modern Philosophy History and Platonic Ethics*, en «Journal of History of Ideas», XIX, 4, 1958 (págs. 451-472).

Entre los pensamientos platónicos más admirados o discutidos están sus paradojas éticas: virtud es conocimiento; vicio es ignorancia; nadie obra mal proponiéndoselo; nadie quiere el mal.

Todas las interpretaciones del pensamiento platónico pueden ser entendidas desde un punto de vista descubierto por Kant: que es posible entender a un autor mejor de lo que él mismo se entendía.

Por ejemplo, se ha intentado interpretar a Platón utilizando las terminologías de épocas subsiguientes. Resulta así que se le traduce haciéndole decir conceptos más claros y explícitos de los que él mismo podía imaginar. Sucede esto con el «voluntarismo» atribuido a Platón.

El autor cita varios filósofos que han estudiado el tema de la voluntariedad y de la libertad en Platón, buscando interpretaciones satisfactorias de las paradojas platónicas. Ilustran este concreto punto de vista sobre Platón, Lambrechts, Grote, J. S. Mill, Zeller, Bonitz, Gomperz, Shorey, Raeder, Apelt, v. Arnim, Ritter, Taylor, Wilamowitz y Friedländer.

La conclusión del trabajo en que se comparan las opiniones de estos pensadores es que la verdad del pensamiento platónico se reconduce a la posible sistematización de un pensamiento platónico unitario y no fragmentado.

Lamentamos, por nuestra parte, que se dejen de considerar estudios cuyo interés superará en mucho a algunos de los

citados. Por ejemplo, Brunshvieg y los actuales historiadores alemanes del pensamiento helénico.—A. S.

MARGOT (Jean-Claude): *Les Pharisiens d'après quelques ouvrages récents*, en «Revue de Théologie et de Philosophie», IV, 1956 (págs. 294-302).

Actualmente son escasas las obras dedicadas a estudiar esta secta; tan sólo podemos citar el libro de Herford: *Los fariseos*, publicado en 1928, que es en realidad una traducción del inglés; pero, por el contrario, son numerosas las publicaciones en que, refiriéndose a la historia de los orígenes cristianos, contienen innumerables menciones a este movimiento. El presente artículo recopila, explicando, una serie de notas aparecidas sobre este tema. Su autor lo divide en tres apartados. En el primero, «Obras y artículos tendentes a rehabilitar el fariseísmo», se analiza la obra de Herford, *Los fariseos*, y se exponen sus tesis fundamentales, apologéticas del fariseísmo. Junto a esta exposición se incluyen las refutaciones y críticas de la misma, realizadas por los profesores Goguel y J. Jeremías. Además de Herford se mencionan otros dos autores, uno judío y otro católico, Klausner y Schrenk, que también han sido apologistas del fariseísmo.

El segundo apartado está constituido por la manifestación de la postura de algunos autores católicos y protestantes. Esta postura es generalmente de aceptación de las acusaciones tradicionales formuladas contra los fariseos, y en ellas se encuentran los PP. Lagrange y Bonsirven. El arqueólogo americano Albright tiene un punto de vista nuevo sobre este tema; éste es, que el movimiento farisaico, que es en realidad un movimiento de reacción contra toda influencia extranjera, representa, no obstante, la helenización de la tradición judía normativa. Y aún, Margot presenta los dos aspectos, no menos interesantes, de la cuestión, diferenciados por Jeremías que distingue, por una parte, a escribas y fariseos, y por otra, habla de las comunidades jerárquicas y herméticas de los fariseos.

El tercer apartado se titula «Los fariseos y los manuscritos del mar Muerto». Se mencionan los trabajos de Dupont-Sommer sobre los descubrimientos realizados a consecuencia de estos hallazgos, descubrimientos que han dado al traste